

**DE LA ATOMIZACIÓN AL ASOCIATIVISMO:
REFLEXIONES EN TORNO A LOS SENTIDOS DE LA
AUTOGESTIÓN EN EXPERIENCIAS ASOCIATIVAS
DESARROLLADAS POR CARTONEROS**

*From Atomization to Associative Labor: Reflections on
the Meanings of Self-Management in the Cooperative
Experiences Developed by Cartoneros*

SEBASTIÁN CARENZO *

Universidad de Buenos Aires · Argentina

PABLO MÍGUEZ **

Universidad de Buenos Aires · Argentina

* sebastian.carenzo@gmail.com

** pablofmiguez@yahoo.com.ar

Artículo de revisión recibido: 10 de marzo del 2010 · aprobado: 7 de junio del 2010

RESUMEN

Esta es una reflexión sobre la construcción de abordajes socioantropológicos de la puesta en marcha de experiencias asociativas entre recolectores de residuos sólidos urbanos, llamados localmente “cartoneros”. Las prácticas organizativas de los cartoneros han sido abordadas a partir de una mirada dicotómica que opone informalidad-precarización-individualismo frente a formalidad-dignificación-solidaridad. De allí se deriva que la dinámica social más significativa está dada por el paso del trabajo individual a las cooperativas autogestionadas. El problema con estos abordajes radica en que a tales subyace un carácter normativo, que establece una serie de mandatos tácitos que deben afrontar sus integrantes y que en buena medida están asociados a las expectativas y preocupaciones en torno a estos procesos. De allí la importancia de realizar un análisis crítico sobre el proceso de construcción social de estos abordajes.

Palabras clave: *abordajes académicos, autogestión, cooperativas, recicladores urbanos.*

ABSTRACT

The article discusses the construction of socio-anthropological approaches to address associative labor experiences developed by urban solid waste gatherers, locally known as cartoneros. The organizational practices of these cartoneros have been addressed from a dichotomous view which opposes *informality, precariousness, and individualism, to formality, dignification, and solidarity*. Hence, it follows that the most significant social dynamics is given by the passage from individual labor to self-managed cooperatives. The problem with these approaches is their underlying normative character, which establishes a series of unwritten mandates associated with our own expectations and concerns about these processes. Therefore, it is important to carry out a critical analysis of the process of social construction of these approaches.

Key words: *academic approaches, self-management, cooperatives, urban recyclers.*

La recuperación de materiales reciclables de los residuos domiciliarios, depositados en la vía pública, comenzó a generalizarse en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) a medida que se agudizaba la crisis social en la Argentina de fines de los noventa. Esta práctica se fue arraigando en la vida cotidiana de un número creciente de personas que sufrían las consecuencias del desempleo, para quienes la recolección de materiales reciclables de la basura se convirtió en una de las pocas alternativas para obtener ingresos diarios.

En el año 2000 ya se habían conformado las primeras organizaciones de cartoneros¹, quienes impulsaron acciones para “dignificar” su trabajo (Paiva, 2004). Estas experiencias asociativas fueron ganando una creciente presencia en los medios de comunicación. Y, en algunos casos, lograron hacerse un lugar en la agenda pública sobre la gestión de los residuos sólidos urbanos a desarrollar diferentes iniciativas destinadas al reciclaje de materiales provenientes de la basura domiciliaria. Buena parte de estas experiencias han sido apoyadas por políticas públicas destinadas a este “sector”, así como también por programas de ONG nacionales e internacionales, con el objetivo de fortalecer estas experiencias productivas desarrolladas por cartoneros. En ambos casos, uno de los requisitos insoslayables para que estas organizaciones puedan acceder a los programas es su “formalización” bajo la forma de cooperativas².

Este fenómeno urbano, que involucra desde la persona que recolecta en solitario entre los desechos de la vía pública hasta las cooperativas de “recicladores” que logran un pequeño espacio en el “negocio de la basura”, ha sido acompañado de una variada producción de conocimiento y discursos realizados desde la investigación científica, la gestión técnica y la praxis militante. Si bien estas miradas reconocen trayectorias, objetivos y contextos de producción muy disímiles, es posible identificar una idea común que las atraviesa: aquella que señala el paso del trabajo individual a la conformación de

-
- 1 Este término remite a una categoría nativa de autoadscripción. Su empleo se generalizó desde fines de los años noventa para designar a aquellas personas que recolectan materiales reciclables de los residuos domiciliarios dispuestos en la vía pública.
 - 2 Para profundizar respecto de su organización en “cooperativas” como requisito para acceder a las políticas públicas, remitimos al trabajo de Fernández Álvarez (2009), que analiza este proceso a partir del caso de las empresas recuperadas por sus trabajadores.

emprendimientos asociativos como la clave de la dinámica social asociada al *mundo cartonero*. De uno u otro modo, esta idea ha venido guiando el accionar de personas e instituciones vinculadas al campo de la “economía social”, a partir del aporte de recursos y de asistencia técnica para la constitución de estas experiencias asociativas.

Aquí nos proponemos reflexionar sobre la construcción de estas miradas que, desde nuestra práctica de investigadores, funcionarios y/o militantes, realizamos sobre estos procesos en cuanto que *objetos ca-lientes* que nos movilizan afectivamente y nos seducen en términos de nuestra práctica política e intelectual. Nuestra participación en estos procesos puede resultar una experiencia enriquecedora de aprendizaje mutuo. Sin embargo, debemos asumir que nuestra práctica no es ajena a la construcción de miradas normativas acerca de la dirección, coherencia y profundidad de estos procesos. De allí que estos colectivos deban lidiar —desde sus inicios— con una serie de mandatos tácitos que en buena medida están asociados a nuestras propias expectativas y preocupaciones en torno a estos procesos, como, por ejemplo, la tensión entre el logro de la (auto)sustentabilidad económica del emprendimiento y la construcción de lazos solidarios entre sus integrantes.

En este marco, el paso de la atomización al asociativismo, en cuanto principal dinámica social, aparece mediada por la categoría de autogestión como forma legítima de construcción de emprendimientos asociativos basados en vínculos de solidaridad y ayuda mutua. Intentaremos problematizar este enfoque a la luz de la producción académica sobre los procesos organizativos de cartoneros. Las reflexiones que aquí presentamos en torno a estos planteamientos fueron organizadas del siguiente modo:

El primer apartado aborda como eje analítico los debates en torno a la autogestión a partir de una perspectiva histórico-política. De este modo buscamos recuperar la reflexión sobre los sentidos políticos de esta categoría que hoy en día pretenden ser diluidos en una concepción instrumental de la autogestión (Chidiak & Bercovich, 2004). Tal como lo desarrollamos en el trabajo, lejos de esta pretendida neutralidad, la autogestión puede encarnar diversos sentidos que se traducen en una serie de expectativas objetivadas en los colectivos en formación. Mientras que para algunos los emprendimientos “cartoneros” terminan siendo funcionales a las directivas de los organismos de crédito

internacionales sobre el tema, para otros representan la posibilidad de generar un replanteamiento profundo de las relaciones de producción capitalistas³. En cualquier caso, los sentidos atribuidos a esta categoría resultan puntos de anclaje que orientan *aquí y ahora* las lógicas de los agentes que intervienen en la construcción de estos emprendimientos.

El segundo apartado busca dar cuenta de la forma en la que el fenómeno de la organización autogestionada entre *cartoneros* fue abordado desde la producción académica al respecto. Estas producciones contribuyeron a configurar una determinada mirada sobre el fenómeno basada en una dicotomía que oponía individualismo a solidaridad y que, en líneas generales, fue recuperada de forma acrítica por los actores públicos y privados que trabajaban con este “sector”. Si bien algunas de estas producciones derivaron en aportes interesantes para la comprensión de la dinámica social de estos procesos organizativos, otras contribuyeron a la construcción de interpretaciones normativas acerca de los procesos en marcha. Desde nuestra perspectiva esperamos que este trabajo aporte a la problematización de la complejidad de las dinámicas organizativas que se desarrollan en torno a estas prácticas.

Este artículo es producto de un proyecto colectivo e interdisciplinario de “investigación-acción” que venimos realizando desde el año 2005 con la cooperativa Reciclando Sueños. Uno de los ejes de este proyecto ha estado centrado en el desarrollo de talleres participativos de reflexión crítica sobre las prácticas productivas y organizativas desde un enfoque que ha recuperado los aportes de la educación popular y de nuestra práctica de investigadores sociales⁴.

-
- 3 Así, por ejemplo, una visión que aparece frecuentemente entre diversas ONG y dependencias estatales se relaciona con aquello que Peixoto de Albuquerque (2004) denomina “autogestión solo como tecnología de gestión”. En este caso, se enfatizan sus aspectos gerenciales y se reduce su alcance a la mera administración “participativa” del emprendimiento por parte de sus beneficiarios directos. Por otra parte, entre los colectivos y organizaciones sociales que llevan a cabo estos procesos es frecuente encontrar una concepción de la “autogestión como crítica radical” (2004), en cuanto práctica que, por un lado, cuestiona la distinción entre quienes toman las decisiones y quienes las ejecutan en el colectivo y, por otro, enfatiza la “autonomía política” del colectivo frente a otras instituciones públicas y privadas.
- 4 El objetivo de este proyecto fue la creación de redes entre emprendimientos autogestionados desarrollados en los sectores populares. Este trabajo se realizó en el marco del CEIL-PIETTE/CONICET, con financiamiento del Programa North-South

EL TRABAJO ASOCIATIVO EN EL DEBATE SOBRE LA AUTOGESTIÓN

Buena parte de los textos clásicos de la tradición marxista y anarquista que pensaron la idea de autogestión la presentan como un ideal de la organización económica, política y social de los trabajadores y, en tal sentido, como un modelo al cual debían aspirar los esfuerzos de aquellos que promovían una sociedad sin clases y, en algunos casos, sin Estado. La cuestión de la autoorganización podía plantearse una vez que los trabajadores ocuparan las fábricas y pusieran en sus manos las tareas de producción. En esta perspectiva, la autogestión era considerada una etapa en una trayectoria revolucionaria de metas más amplias. Por ende, sus análisis prestaban mayor atención al tipo de vínculos que los colectivos establecían con otros agentes (partidos, sindicatos y otros grupos sociales en el amplio espacio de la lucha política) que al tipo de relaciones que se establecían dentro de las unidades productivas. De algún modo, se asumía que estos vínculos estarían fundados en el altruismo y la solidaridad de clase.

En su largo desarrollo, el tema ha suscitado una ardua discusión teórica dentro del pensamiento de izquierda en torno a los límites de la autogestión, sobre todo a partir de los procesos históricos que marcaron los debates sobre las bondades de la planificación centralizada en la Unión Soviética, los consejos del *bienio rojo* italiano, la experiencia de la guerra civil española, la cogestión en la Yugoslavia de Tito, entre otras experiencias históricas⁵.

Para autores como Ernst Mandel (1973), la autogestión constituía un primer paso en la creación de moral social asociada a responsabilidades mediante las cuales se fortalecería la vida económica en nombre del interés general. En este sentido, mientras el poder del Estado y el

del National Centre of Competence in Research (NCCR, Suiza). Durante el año de duración de este proyecto (2005), conformamos un equipo de trabajo que desarrolló talleres participativos de reflexión sobre las prácticas productivas y organizativas de la cooperativa Reciclando Sueños. Parte de los resultados de este trabajo fueron publicados en forma de material para capacitaciones (Battistini et ál., 2006). Luego de finalizado el financiamiento para este proyecto, tomamos la decisión de no abandonar el trabajo que veníamos desarrollando con las organizaciones en el campo. Desde ese entonces acompañamos a Reciclando Sueños en la implementación de un programa de separación en origen y recolección diferenciada que es realizado actualmente en tres localidades del municipio de La Matanza.

5 Para un análisis pormenorizado de diferentes experiencias de autoorganización de los trabajadores a lo largo del siglo XX, véase Gil de San Vicente (2002).

poder económico estuvieran en manos de la clase burguesa, idealizar la autogestión como meta era incurrir en un error estratégico que distraía la atención de los objetivos verdaderamente fundamentales. Esta era la posición de Mandel en los años setenta, para quien los consejos obreros en la década de los veinte se habrían convertido en instrumentos de “colaboración” con la socialdemocracia y solo podían desempeñar un rol defensivo en el movimiento (incluso advertía que podían constituirse en instrumentos de división de la clase obrera)⁶. Para este autor, los principios de los consejos (elección, revocabilidad, control permanente de la cumbre por la base, asociación de los interesados en el ejercicio de funciones directivas, florecimiento de la iniciativa creadora de las masas) eran compatibles con el ideario de una sociedad socialista. Pero el éxito de dicho proyecto estaba supeditado a la organización, a nivel nacional, de una estrategia encabezada por una vanguardia que se hiciera con el poder estatal.

Para otros teóricos y militantes, la autogestión estaba sujeta o era un efecto del avance del socialismo y, en este sentido, solo debía ser promovida en una instancia posterior a la toma del poder como una forma de proteger el socialismo en marcha, o ya consolidado, del riesgo de caer en la esclerosis, el burocratismo o el estatalismo (Arvon, 1988). Quedaba así justificada la falta de democracia en nombre de un futuro promisorio donde la autogestión ocuparía un papel “curativo” o, en el mejor de los casos, “pedagógico” en una sociedad sin clases, pero se dejaba nuevamente sin resolver el problema concreto de *cómo* producir durante la transición y en la consolidación del sistema.

El auge teórico y práctico de la autogestión se produce en Europa sobre todo a partir de las rebeliones de Mayo del 68, en las cuales la crisis y puesta en cuestión de todas las estructuras de poder fomentaban la recuperación de un proyecto fundamentalmente “antiautoritario”. La propia Confederación del Trabajo francesa adoptó los principios de la autogestión y los integró a su proyecto tradicional de “socialismo democrático”. La autogestión fue reivindicada también por los propios partidos de izquierda, que al principio la rechazaban, así lo hicieron el

6 Según el autor, este habría sido el error de la experiencia de los países de Europa del Este. Allí es ciertamente dudoso que la autogestión con todos sus presupuestos haya prosperado realmente. Por el contrario, fue aplastada por la dictadura estalinista, en Hungría, en 1956, y en la Primavera de Praga, en 1968.

Partido Socialista, en 1972, y el Partido Comunista Francés desde 1976. Sin embargo, seguía supeditada a su inserción dentro del marco de la acción sindical o de la acción política de los trabajadores. Se hacían pocos intentos por analizar sus problemas prácticos concretos.

En los años ochenta, en un intento por abordar críticamente los problemas concretos de la autogestión, se produjo un debate entre teóricos marxistas sobre los problemas de la organización económica a través del mercado o por medio de la planificación. Entre 1986 y 1988 se publicó un debate, en la *New Left Review*, entre Alec Nove, Ernst Mandel y Diane Elson en torno a las ventajas y desventajas de un socialismo sin planificación y con mecanismos de mercado —léase sistemas de precios— o de una planificación sin mercado. La relevancia del debate no radica tanto en las conclusiones como en el desarrollo de los argumentos que exponen las ventajas de uno u otro sistema de coordinación económica “hacia fuera” de las unidades productivas. Sin embargo, pocas veces se mencionan los problemas concretos y reales que los trabajadores deben resolver en la producción cotidiana dentro de la empresa u organización productiva si aspiran a construir una verdadera autogestión y una sociedad democrática de productores.

En los años noventa, los debates sobre la autogestión volvieron a encuadrarse en el marco de la discusión sobre diferentes modelos de “socialismo factible”. En un trabajo reciente sobre las potencialidades de la autogestión, Catherine Samary (2004) reconoce que sobre este tema pueden distinguirse dos áreas de interés fundamentales: la que pone el acento en los elementos de autoorganización de los trabajadores (básicamente los trabajos mencionados de Mandel y su propio trabajo de 1988 sobre la experiencia yugoslava, *El mercado contra la autogestión*) y la vinculada a los economistas interesados en construir modelos matemáticos en torno a una supuesta superioridad de una economía planificada. Samary (2004: 185) subraya que:

No existe ninguna prueba teórica sobre la superioridad de una forma de propiedad sobre las otras, todas y cada una de ellas pueden producir “comportamientos racionales” diferentes según los contextos institucionales. En otras palabras, la crisis de la autogestión no estaba dotada de instituciones adecuadas a la coherencia y aspiraciones de los defensores de la autogestión.

Esta autora se pregunta cuáles serían las instituciones adecuadas para un proyecto socialista autogestionario y que han faltado en los denominados “socialismos reales”, ya que estos han caricaturizado o vuelto ineficaces las aspiraciones autogestionarias. La viabilidad del proyecto se dirige nuevamente a un ámbito que desborda al del taller, empresa o experiencia autogestionaria y se coloca en la esfera de una sociedad deseable y posible. En ese sentido, Samary propone numerosas iniciativas: debe reconocerse el derecho al trabajo sin que ello signifique permanencia en el puesto de trabajo; el desarrollo de estímulos adecuados a un sistema autogestionario que excluya el derecho al despido; investigaciones colectivas sobre una mejor organización del trabajo que permitan la confrontación del punto de vista de los productores y los usuarios; ahorros de energía y de trabajo penoso, todo lo cual requiere “una organización autogestionaria de los trabajadores y usuarios sobre un nivel espacial más amplio que la empresa o el taller” (Samary, 2004:194). Para la autora, se trata de encontrar instituciones adecuadas para gestionar la propiedad social de los medios de producción. La propiedad social solo puede administrarse eficazmente a partir de combinar los diferentes niveles, esto es, el taller, la empresa, la rama y el sector productivo. Ello implicaría socializar la planificación (determinar públicamente las necesidades prioritarias) y controlar públicamente su financiación, así como socializar el mercado de bienes y servicios rechazando el mercado, pero sin suprimir el valor de la moneda. Para todo ello ya no bastaría “nacionalizar la propiedad” y “tomar el poder”, como sostenían algunas versiones del socialismo.

Por otro lado, en una versión muy diferente de la señalada, durante los años noventa, la idea de autogestión fue recuperada en numerosos países por los movimientos antiglobalización (como resultado de la ocupación de viviendas y la gestión de centros sociales y comunitarios) y, en Argentina en particular, por movimientos sociales conformados después del fracaso de las reformas neoliberales. Luego de la crisis del 2001, en el marco de las novedosas estrategias que los trabajadores ocupados y desocupados desplegaron para hacer frente a la crisis, la idea de autogestión se hizo presente en asambleas, centros comunitarios, organizaciones vecinales y territoriales. La irrupción de estas experiencias y la multiplicidad de prácticas pusieron nuevamente en discusión el significado de la autogestión en el ámbito militante y en los análisis académicos.

En el contexto de la crisis social de gran magnitud vivida en Argentina desde la década de los noventa, la autogestión fue recuperada más en el sentido de una modalidad de creación de autoempleo a través de iniciativas productivas entre población desempleada, que como la construcción de un proyecto radical de reforma social generalizada. Sin embargo, persistía la idea de que su puesta en práctica llevaría necesariamente a una transformación subjetiva de sus integrantes. De allí que en sus diversas formulaciones, tanto académicas como políticas, las miradas acerca de la autogestión evidencien el peso de una serie de construcciones morales que sirven de apoyo para interpretar el desarrollo, o no, de estas transformaciones.

A continuación reflexionaremos sobre los abordajes que desde el mundo académico se desplegaron sobre el trabajo de los cartoneros, para evidenciar cómo, en líneas generales, han contribuido a la naturalización de estas construcciones morales al asociarlas con las características constitutivas de las propias prácticas analizadas.

AUTOGESTIÓN Y COOPERATIVAS DE CARTONEROS: REFLEXIONES EN TORNO A SUS ABORDAJES

Las aproximaciones que construimos en nuestra práctica de investigadores, funcionarios y/o militantes sobre procesos de autogestión complejos —como es el caso de las cooperativas de cartoneros— no están escindidos de una reflexión sobre los diferentes sentidos movilizados por la “autogestión”, categoría históricamente vinculada a tradiciones políticas.

Tal como vimos en el apartado anterior, los debates generados en torno a esta categoría en la tradición del pensamiento radical aparecen en una pugna teórica referida al potencial carácter transformador de las prácticas de autogestión en el marco del socialismo como proyecto histórico. En tal sentido, el debate supone la participación de sujetos con cierta formación política que buscan desarrollar un sistema de autogestión en el marco de sus unidades de producción.

Las experiencias organizativas desarrolladas por los sectores populares dentro de la historia reciente de Argentina no encuadran totalmente dentro del marco propuesto en estos debates (p. e., muchas de ellas no se preguntan por el aporte potencial de sus prácticas a la lucha por una sociedad sin clases). Sin embargo, en cuanto estas experiencias

movilizan la idea de autogestión (asociada en este caso al cooperativismo), el ideario radical reaparece en la producción de conocimiento acerca de estos procesos. Nuestro trabajo apunta a identificar ciertas ideas-fuerza que, al tiempo que contribuyen a estructurar el campo de la denominada “economía social”, orientan *aquí y ahora* las lógicas de los distintos agentes involucrados en la construcción de experiencias socioproductivas concretas. De este modo, es posible señalar que, entre los referentes de organizaciones, funcionarios, técnicos e investigadores que comparten este campo, el desarrollo de una experiencia asociativa aparece a priori asociado con una serie de valores morales —equidad, igualdad, reciprocidad y solidaridad— que se supone que constituyen la amalgama “natural” donde se fundan los lazos sociales que vinculan a los participantes en un emprendimiento colectivo.

Sin embargo, es justamente por esta naturalización de la capacidad que atribuimos a estos grupos para *crear organización*, y más aún *organización solidaria*, que reclamamos la importancia de aportar a una tarea de revisión crítica de los supuestos de las ideas-fuerza que configuran este campo⁷. Como veremos en el desarrollo de los siguientes apartados, uno de los riesgos de esta naturalización es justamente producir abordajes normativos sobre estos procesos con base en aquello que, suponemos, las experiencias concretas deberían ser o representar. Esto implica reducir la riqueza y complejidad de estas experiencias y, en tal sentido, limitar su aporte potencial a una comprensión más acabada de las dinámicas organizativas de los sectores populares.

En este sentido, intentamos dar cuenta de la forma en la que el fenómeno de la organización entre cartoneros fue abordado desde la producción académica. En particular, nos interesa el hecho de que, por una parte, los sujetos involucrados en estas experiencias eran considerados como pertenecientes a un “sector” que representaba —mejor que ningún otro— la atomización y el individualismo provocados por la

7 Al remarcar estos aspectos no estamos cuestionando la importancia de construir experiencias asociativas fundadas en estos valores dentro del campo popular. Por el contrario, buscamos problematizar los marcos interpretativos en donde se impulsan estos procesos con el ánimo de fortalecer su desarrollo conceptual y su vinculación con una praxis política asociada al desarrollo de la investigación-acción participativa.

crisis de finales de los noventa en Argentina; pero, por otra, eran objeto de un significativo conjunto de acciones realizadas por actores públicos y privados tendientes a promover su organización en cooperativas⁸.

ONTOLOGÍA DE LA TRANSICIÓN DEL “CIRUJA⁹ INDIVIDUAL” AL “CARTONERO COOPERATIVIZADO”

En los años posteriores a la crisis del año 2001, el “fenómeno cartonero” fue adquiriendo una importante presencia mediática que combinaba defensores y detractores de esta “nueva” práctica que había ganado el espacio público. En las ciencias sociales también se estructuraron discursos que aportaron claves de interpretación sobre el origen del fenómeno en términos sociológicos.

En líneas generales, coincidían en señalar que la generalización de estas prácticas obedecía a que amplios sectores de la población metropolitana se habían visto obligados a buscar en la “basura” el modo de garantizar su supervivencia. Este proceso fue asociado estrechamente al proceso de atomización y a la descomposición del tejido social provocado por las transformaciones macroeconómicas ocurridas en Argentina desde fines de los noventa. Especialmente en los primeros trabajos que abordaban a este nuevo sujeto en formación, el escenario descrito adquiría rasgos hobbesianos, donde al anochecer las calles de los barrios medios y altos de la megaurbe se poblaban de una multitud de personas lanzadas a la búsqueda desesperada de plásticos, vidrio y cartón entre los desechos, lo que configuraba una situación de lucha de pobres contra pobres por la apropiación de materiales, así como de rutas y territorios de recolección (Fajn, 2002, y Reynals, 2002).

La irrupción generalizada de los cartoneros sorprendió no solo por su magnitud¹⁰, sino también porque evidenciaba una nueva pobreza; reproducida y agudizada por causas estructurales, pero sin estar

8 Respecto del primer punto, puede verse como ejemplo Dobo de Socolsky (2006), mientras que para el segundo remitimos al trabajo de Paiva (2004).

9 Ciruja: persona que rebusca entre las basuras con el fin de encontrar alguna cosa de provecho. [Nota del editor].

10 En su informe del año 2003, la Fundación Ciudad reclamaba la inexistencia de cifras oficiales que permitieran determinar taxativamente la cantidad de personas involucradas en el “circuito informal”. Sin embargo, estimaban que en la ciudad de Buenos Aires trabajaban por aquel entonces entre 20.000 y 50.000 cartoneros, y

asociada a un tipo específico de identidad colectiva. En este sentido, la recuperación de materiales reciclables de los residuos depositados en la vía pública resultaría una expresión tangible de la pauperización de las condiciones de vida de esta población, pero también de la erosión de identidades colectivas vinculadas al mundo del trabajo “formal” y otras formas de filiación que habían caracterizado históricamente a los sectores populares. Los cartoneros constituirían el fenómeno emergente más representativo de las profundas transformaciones sociales de los noventa, es decir, sujetos no solo “excluidos”, sino también “aislados” los unos de los otros. En este sentido, la práctica del “cartoneo” fue conceptualizada como estrategia mayormente individual para garantizar la “supervivencia” de estas personas y familias en un contexto signado por la pauperización creciente de sus condiciones de vida (Fajn, 2002).

El proceso resultaba una atractiva novedad en términos sociológicos, ya que constituía un fenómeno masivo, pero inorgánico; evidente en todas partes, pero suficientemente inasible. Además, presentaba una veloz temporalidad, casi imperceptible a mitad de los noventa y absolutamente evidente un lustro después. Quizá por ello los primeros trabajos se esforzaron en aportar una explicación del origen del fenómeno y, al hacerlo, fijaron las bases de una ontología que fue retomada casi sin variaciones en las producciones subsiguientes.

Desde nuestra perspectiva, esta ontología, desarrollada en forma fragmentaria y no sistemática, representa una de las claves para comprender el modo en el cual se han ido construyendo los abordajes sobre la autogestión ocurrida en las experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros; y contribuye, asimismo, a delinear los principales modos de intervención tanto de agencias gubernamentales como no gubernamentales.

Esta ontología remite a la configuración de dos modelos contrapuestos, pero complementarios, de subjetividades asociadas a los cartoneros. Comenzaremos caracterizando el primero de ellos, a partir de referencias a la literatura más representativa sobre el tema.

que si se consideraba la totalidad del Área Metropolitana de Buenos Aires la cifra se elevaría a unas 100.000 personas.

Informalidad, precarización, individualismo y competencia

Una de las principales ideas-fuerza que aparece en la literatura especializada sostiene que buena parte de los obstáculos que presentan estas experiencias para crear y sostener vínculos asociativos entre cartoneros se derivan de las condiciones de informalidad y precarización en las que se desarrollan estas prácticas. A continuación, presentamos algunas referencias seleccionadas de la bibliografía especializada que dan cuenta de cómo está construida y presentada esta idea.

Fajn (2002), en uno de los primeros intentos por sistematizar las características de este fenómeno, señalaba que la figura del “ciruja” representaba el final de un largo proceso de exclusión social, producto de la persistencia del desempleo, así como la fractura, y debilitamiento, de los lazos sociales comunitarios ocurrida durante la última crisis social y económica. Retomando la perspectiva de la desafiliación, el autor remarcaba que estos sujetos evidenciaban el “desenganche” del “trabajo formal” y de otros ámbitos de “inserción relacional” sociocomunitaria que caracterizaban el transcurrir cotidiano de millones de personas pertenecientes a los sectores populares.

Desde su perspectiva, la fragmentación social y el aislamiento amenazaban el proceso de construcción de formas asociativas de organización colectiva. Sus integrantes potenciales habían sido despojados de los mínimos soportes relacionales que podían aportar en este proceso, lo que dio lugar a la conformación de un “habitus” forjado en el aislamiento, la fragmentación y la informalidad que dificultaba el desarrollo de experiencias de gestión cooperativa bajo las reglas del trabajo formal.

Schamber y Suárez (2002: 11) reconstruyen la totalidad del “circuito informal del reciclaje” y advierten también sobre el marco de desprotección e informalidad que caracteriza a esta actividad. Los autores advierten que esta situación favorece la articulación de la lógica de “supervivencia” del cartonero con la de “reproducción” del acopiador, a través del establecimiento de “cadenas de tutelados y lealtades” que los vinculan. Los “depositoros” se quedan con un elevado porcentaje de la renta generada en el circuito, pero brindan cierto grado de protección a los cartoneros (proveen dinero frente a emergencias y enfermedades, facilitan medios de trabajo, etc.) al cubrir o proporcionar

—en forma deficiente e incompleta— aquellos beneficios que caracterizan al mundo del trabajo “formal”.

Por otra parte, Cristina Reynals (2002: 18) realiza una somera descripción del fenómeno en la que destaca la escasa presencia de experiencias asociativas. Este aspecto es asociado al carácter “fundamentalmente individualista y cuentapropista” de estas prácticas, por cuanto “cada cartonero debe esforzarse por obtener la mayor cantidad de clientes posibles y entablar las mejores relaciones con el chatarrero para obtener los mejores precios. Por lo tanto, la promoción de la organización cooperativa de los cartoneros presenta serias dificultades”.

Estos trabajos sentaron las bases de esta ontología de los cartoneros. Por una parte, problematizaban la idea de su *surgimiento repentino*, que era un lugar común en el discurso de los medios masivos de aquel entonces, al trazar su relación genealógica con la figura del “ciruja” y con la historia de la gestión pública de los residuos en Buenos Aires. Pero, por otra parte, (re)situaba la cuestión de su origen, al relacionar su masiva presencia con las consecuencias de la aplicación de décadas de políticas neoliberales que habían destrozado el aparato productivo del país y habían generado un desmembramiento del tejido social, que se organizaba en buena medida alrededor del mundo del trabajo “formal”. Estas personas, socializadas y (re)socializadas en un contexto signado por los valores del individualismo y la precarización extrema de las condiciones de vida y de trabajo, encarnaban de modo dramático las consecuencias de estas transformaciones estructurales. En ello radicaba su valor testimonial como objeto sociológico, ya que materializaban en forma evidente el proceso de destrucción de *lo social* por parte del *mercado*. Los cartoneros constituían, entonces, los cuerpos donde se inscribían las marcas que testimoniaban el daño causado en una batalla que se había librado principalmente en el plano ideológico: cientos de miles de personas buscando su sustento diario en los desperdicios de una sociedad que se había transformado hasta asimilarse a sus pares del Primer Mundo.

Pero, para dar cuenta de la magnitud del perjuicio, era necesario revelar sus aristas menos evidentes frente a una sociedad que mayoritariamente se había negado a ver las consecuencias sociales de estas transformaciones. En tal sentido, era preciso caracterizar el tipo de vínculos sociales que primaban en este fenómeno emergente. Si, tres

décadas atrás, la solidaridad y el compromiso por el otro dominaban la caracterización de la vida social de los sectores populares, hoy la desconfianza y la competencia habían ganado ese espacio, tal como advertía Gabriel Fajn (2002: 16):

Con la afluencia permanente de nuevos cirujas [...] la disputa territorial se hizo más manifiesta, peligrosa y violenta. Los territorios más ricos en residuos reciclables se encuentran “cercados” por los intermediarios que establecieron su predominio en la zona, mientras que las franjas menos atractivas se las disputan los cartoneros que intentan llegar primero para revisar los desechos.

La cotidianeidad de los cartoneros fue objetivada como una lucha desesperada por la supervivencia a partir de la apropiación individualizada de recursos escasos, en cuanto esta lucha evidenciaba el peso de la atomización y la ruptura de redes sociocomunitarias y laborales. Esta característica constituyó uno de los principales rasgos ontológicos sobre el cual se construyó un primer modelo de subjetividad cartonera, que se fue generalizando en otros abordajes realizados con posterioridad. Así, por ejemplo, Sabina Dimarco (2005: 13) analizó procesos autoorganizativos en cartoneros y remarcó que la “informalidad”, “fragmentación” y “transitoriedad” resultaban factores que habían desalentado la constitución de formas colectivas de organización del trabajo en esta actividad. En particular, remarcó el peso que la *competencia* y la *desconfianza* adquirieron en la configuración de la sociabilidad de estas personas:

Para poder comprender las formas que adquiere la sociabilidad en las organizaciones debemos retomar dos cuestiones que resultan centrales: en primer lugar, que la recolección informal de residuos es una actividad que se caracteriza por poder realizarse de forma individual, es decir, que el establecimiento de vínculos con otras personas que se dediquen a lo mismo no es directamente necesario (como podría serlo en actividades laborales que requieren la complementariedad entre diferentes tareas). En segundo lugar, que por tratarse de una actividad que se desarrolla en torno a recursos escasos (los desechos que cada día se encuentran en la calle antes de que sean recogidos por las empresas recolectoras) se establecen relaciones en donde predomina la competencia. [...] En

estrecha vinculación con esta complejización de la competencia, vemos que la desconfianza y la actitud defensiva están presentes en todas las esferas del trabajo de los cartoneros y en las interacciones que se establecen: en la relación con las personas con las que tienen contacto en las calles, con el resto de los cartoneros, con los “galponeros” y, fundamentalmente, en la relación con el Estado (y en especial con la policía). “El cartonero es de por sí desconfiado”, nos decía un delegado; esta declaración, que es esgrimida con recurrencia, da cuenta de la desconfianza no solo como una actitud que se da de hecho, sino además como aquella que debe ser reflexivamente adoptada ante la infinidad de contingencias que pueden surgir en la práctica diaria de su trabajo.

Si la sociabilidad de estos sujetos se define por la primacía del *individualismo*, la *competencia* y la *desconfianza* es porque ha sido forjada en el caldo de cultivo de la pobreza, la exclusión y el desamparo. Desde esta perspectiva, y como veremos a continuación, ella representaba el principal obstáculo a la hora de encarar un proyecto asociativo entre la población de cartoneros.

Formalidad, dignificación, solidaridad y confianza

La revisión de la literatura especializada permite dar cuenta de un segundo modelo de subjetividad que se contrapone al caracterizado anteriormente y que representa el álgot ego del cartonero atomizado e individualista. Este modelo se configura principalmente en trabajos publicados a partir del 2004, cuyo énfasis no está puesto en explicar los orígenes del fenómeno, o en caracterizar su dinámica, sino en discutir acerca de la viabilidad o no de formas cooperativas de organización del trabajo entre los cartoneros. Para aquel entonces, algunas de las experiencias asociativas que en el 2002 eran todavía incipientes habían desaparecido, mientras que otras intentaban crecer y consolidarse. Entre este último grupo, habían cobrado especial transcendencia aquellas vinculadas al Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, institución que brindaba apoyo técnico y financiero para promover la conformación de cooperativas en este “sector”. De hecho, buena parte de los trabajos referenciados tomaban sus casos de experiencias ligadas a dicha institución (Paiva, 2004; Escliar et ál., 2007).

En estos textos están plasmados los rasgos que permiten caracterizar este otro modo de ser cartonero, y que van a estar estrechamente ligados a la “formalización” de la actividad a través de la conformación de cooperativas. El trabajo de Paiva (2004: 9) es especialmente sugerente al respecto, en particular cuando reseña el caso de la Cooperativa del Oeste:

En este sentido, si bien las cooperativas no rechazan la actividad del cartonero individual, marcan sus diferencias y se distinguen del cirujeo informalizado. Ellas constituyen organizaciones con entidad jurídica, pautas y esquemas de organización, mientras que el cirujeo precario representa todo aquello que el cooperativismo intenta dejar de lado: el trabajo individual, la venta “al por menor” al depósito ilegal y la imposibilidad de articularse alrededor de un proyecto superador de la mera supervivencia cotidiana. Por otro lado, mientras que las cooperativas intentan poner en marcha una labor ordenada y reconocida para prestar un servicio prolijo y limpio, el ciruja individual —aquel que “rompe las bolsas y dispersa los residuos”— es quien vuelve a atrás la actividad de la organización y genera desconfianza entre los vecinos. No están en contra de los cartoneros individuales, pero tampoco avalan esa actividad precaria, que no solo reproduce prácticas de mera supervivencia, sino que en ocasiones perjudica su propia imagen ante la comunidad.

La construcción de este otro modelo de subjetividad cartonera opera por contraste. Por ejemplo, entre la búsqueda atomizada y anárquica de la “mera supervivencia cotidiana” en el “cirujeo precario” y la “labor ordenada y reconocida” de las “cooperativas” que adscriben a “organizaciones con entidad jurídica, pautas y esquemas de organización”; entre el “servicio prolijo y limpio” de estas últimas y la desidia del “ciruja individual” que “rompe las bolsas y dispersa los residuos”. El paso del “ciruja individual” al “cartonero cooperativizado” se presenta como vía legítima para que estos sujetos, forjados en la exclusión social más dura, puedan (re)insertarse en el mundo del trabajo formal.

Además, si la informalidad y la precarización se asociaban al individualismo propio de la actividad, la construcción de vínculos asociativos va a suponer la adquisición de un repertorio de prácticas

y valores morales basados en la confianza y la ayuda mutua que, se supone, permitirá trascender el marco de relaciones de competencia y desconfianza entre pares. Ahora bien, aquello implicaba que estos sujetos debían afrontar una profunda transformación de esta subjetividad forjada en la precariedad y la atomización. Esto es advertido por Sabina Dimarco (2005: 14), quien, al analizar las relaciones entre “referentes” y “miembros” en las cooperativas, destaca:

[...] los inicios de la organización requieren, ante todo, del establecimiento de relaciones basadas en la confianza que permitan superar o restar peso a las relaciones de competencia intrínsecas a la actividad. En esto cumplen un papel fundamental los referentes. Efectivamente, si bien la mayoría de los entrevistados expresan encontrar en estas organizaciones un espacio de contención, hemos observado que la relación de confianza se establece (o existía previamente) entre los referentes y cada uno de los miembros de la organización, y solo en algunos casos se extiende a relaciones de confianza entre los mismos miembros.

Aquello que explícita o implícitamente se depositaba en la conformación de una experiencia asociativa entre cartoneros tenía que ver con el potencial de este proceso para lograr una transformación radical del sentido de sus prácticas y, por tanto, de sus propias subjetividades. Sin embargo, a diferencia del sentido crítico con el cual Dimarco abordaba la problemática, otros enfoques reproducían una mirada voluntarista sobre el proceso, donde, por ejemplo, las amenazas a la consolidación de cooperativas eran siempre de índole “externa” (contexto económico, normativas legales, etc.), pero nunca relacionadas con la construcción de vínculos sociolaborales entre sus integrantes (Chidiak y Bercovich, 2004).

En síntesis, un aspecto central que se desprende de esta dicotomía ontológica se refiere a la idea de que, de acuerdo con la literatura revisada, el paso de una lógica individual a una colectiva representa la dinámica social más relevante dentro del mundo cartonero. Esta transición no era concebida en abstracto, sino que era pensada a partir de la organización cooperativa como formato privilegiado para viabilizar prácticas autogestionarias en estos colectivos.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA AUTOGESTIÓN COOPERATIVA COMO *REFUGIO* Y *DESAFÍO*

El contraste entre atomización, individualismo, competencia y precariedad, por una parte, y cohesión, organización, solidaridad y estabilidad, por la otra, nos ha permitido reconstruir dos modelos de subjetividades opuestos y complementarios que se integran en una ontología de los cartoneros. Ambos modelos se expresan en la literatura puesta de relieve de distinto modo: en unas ocasiones, como plano de fondo (Schamber & Suárez, 2002); en otras, como eje de análisis (Paiva, 2004). Tomando esta producción en conjunto, y más allá de estas diferencias, podemos señalar que esta ontología contribuyó a interpretar un fenómeno que se presentaba tan novedoso como incómodo, especialmente a nivel de la opinión pública.

Sin embargo, al mismo tiempo, favoreció la cristalización de una mirada dicotómica acerca del mundo cartonero basada en el supuesto de que el paso de la lógica individual a una colectiva constituía su principal dinámica sociológica. A su vez, esta idea fue adquiriendo una fuerte entidad tanto en los distintos niveles de la administración del Estado como en los proyectos, implementados desde diferentes ONG y otras organizaciones de la sociedad civil, destinados a este “sector”. Dentro del campo de la economía social, el repertorio de acciones de apoyo y acompañamiento a los cartoneros se enfocó casi exclusivamente en aquellos que se encontraban desarrollando experiencias asociativas o que, al menos, se lo proponían como proyecto. De este modo, la *forma* cooperativa se convirtió en vía legítima y legitimadora para que los cartoneros pudieran ser reconocidos como contraparte en políticas y proyectos tanto del ámbito público como privado. La conformación de cooperativas fue propiciada por estos actores en cuanto suponía “formalizar” trabajo, “dignificar” sus prácticas y, a la vez, “mejorar” sus condiciones de integración en la cadena de valor del reciclado.

Volviendo a la literatura especializada, es posible identificar dos categorías que definen miradas particulares respecto al sentido de este paso. En ocasiones, la cooperativa es presentada como un *refugio*, en cuanto proporciona un resguardo frente a las arbitrariedades e injusticias a las que se exponen los cartoneros que desarrollan su actividad de forma individual. Otra mirada remarca el *desafío* que representa construir una cooperativa autogestionada, al considerar

que el individualismo y la competitividad que caracterizarían la subjetividad de los cartoneros representa un obstáculo central para la construcción de estas experiencias.

La cooperativa como refugio ante la precarización y la informalidad

Según este enfoque, la cooperativa aparece como una instancia de resguardo para una práctica que hasta hace unos años atrás no se encontraba amparada bajo ningún tipo de regulación pública¹¹. Esta situación, ubicaba a esta actividad en los límites de la legalidad, y, en tal sentido, era aprovechada por diversos actores públicos y privados para ejercer coacciones políticas (control y acceso de espacios de recolección) y/o económicas (compra de materiales a precios subvaluados) que recaían sobre las prácticas de los cartoneros y configuraban un marco de creciente vulnerabilidad.

Así, para Fajn (2002: 23), la desprotección vinculada a la exclusión social constituía un motivo de peso para la formación de vínculos asociativos donde encontrar resguardo y conseguir apoyos de otros actores institucionales que permitiera mejorar estas condiciones:

Los cirujas, botelleros o carreros, sujetos excluidos y sin recursos, se encuentran en una situación de dominados con márgenes muy reducidos de acción; y la organización en cooperativas como el Ceibo, abre la posibilidad de conformar una herramienta institucional que los contenga y les permita intervenir en un campo social como actores con capitales específicos. En alguna medida, es factible que modifiquen ciertas relaciones de fuerza a su favor, al interior de [sic] un campo tan complejo y peligroso como el del negocio de la basura.

11 Tal como lo señalamos en otro trabajo (Carenzo & Roig, 2007), las transformaciones evidenciadas en el marco jurídico que regula la gestión de los RSU (Residuos Sólidos Urbanos) expresan un conflicto de valoración económica y social de estos materiales que se consideraban “inútiles”. En efecto, hasta el año 2002, la normativa vigente (Decreto/Ley 9.111/77) consideraba que la apropiación de los residuos depositados en la vía pública por cualquier otro agente que no fueran las empresas de recolección habilitadas constituía un delito susceptible de ser penalmente sancionado. Solo recientemente con la sanción de leyes (1.854/02, 25.916/04, 13.592/06) que reconocen el aporte del “circuito informal de recolección” para el reciclado, esta actividad pasó a enmarcarse en una normativa específica que les otorga una cierta “legalidad”.

La constitución de cooperativas adquiere, entonces, un carácter *defensivo* en la medida en que constituye a estos individuos atomizados en “actores con capitales específicos” que pueden ser puestos en juego para contrarrestar la situación de vulnerabilidad, inequidad y violencia que, como vimos, caracterizaban su contexto de actuación.

En el mismo sentido, Sabina Dimarco (2005: 7) remarca que sus entrevistados asocian la conformación de cooperativas con la urgencia por garantizar condiciones mínimas para viabilizar el desarrollo de su actividad:

En efecto, un escenario de apremio y necesidad es lo primero que surge de los relatos cuando se pregunta por el comienzo de la organización: será la premura por encontrar interlocutores frente a las empresas de trenes en un caso, la necesidad de juntarse para evitar el abuso de los compradores de material, o el apremio por mejorar los escasos ingresos mediante el acopio y la venta colectiva lo que los llevará, en cada caso, a encontrar una opción viable en la organización. En este caso, encontramos que la opción de la autoorganización aparece como el último recurso para la protección del trabajo que venían realizando.

Dentro de este escenario de “apremio y necesidad”, la constitución de cooperativas les permitiría constituirse en actores con cierto reconocimiento y, al mismo tiempo, generar mayor autonomía respecto del abuso de los intermediarios. En este sentido, Verónica Paiva (2004: 1) define a las cooperativas del siguiente modo:

Las cooperativas de recuperadores pueden definirse como organizaciones cuyo objetivo es recolectar, acopiar y vender residuos recuperables (cartón, vidrio, papel, plásticos, etc.), con la intención de eliminar a los intermediarios que actúan en el mercado (depósitos de compra-venta de residuos) e interactuar directamente con las empresas finales compradoras de material posdesecho.

La cooperativa se define en oposición a la atomización que caracteriza a quienes realizan estas prácticas de forma individual, forma que favorece la reproducción de las condiciones de usura y explotación del trabajo a las que son sometidos por los “intermediarios”. La conformación de una cooperativa permite que los asociados concentren

materiales y aumenten la escala y/o nivel de procesamiento de lo recolectado. Estas serían condiciones ineludibles para negociar con los compradores en forma directa, sin intermediarios, y, por ende, para mejorar considerablemente la rentabilidad de su actividad.

Una postura divergente es la de Pablo Schamber (2007: 220), que cuestiona la conformación compulsiva de cooperativas por parte de agencias del Gobierno o de diversas ONG, aludiendo a que la actividad que realizan los cartoneros “se halla fuertemente basada en estrategias individuales de recolección y comercialización, que en muchos casos persiguen intereses distintos a los del cooperativismo”. Sin desconocer las experiencias organizativas existentes, advierte que no se debe naturalizar el hecho de su existencia, sino dar cuenta, más bien, de la variedad de formas que asumen las organizaciones entre cartoneros. Si bien en líneas generales compartimos esta crítica, debemos señalar que su argumentación termina esencializando a los cartoneros a partir de las características atribuidas a la actividad (Schamber, 2007: 220), lo cual resulta tan riesgoso como naturalizar la formación de cooperativas:

Cualquier forma organizativa que busque introducir mejoras en las condiciones en que se ejerza la recolección informal no debería perder de vista cuál es la actividad que realiza. Los cartoneros no reciclan, no acopian, no compran, recolectan.

Para este autor, el lugar correspondiente a los cartoneros dentro del “circuito informal del reciclado” sería el de la recolección (en el texto remarca varias veces el carácter individual que asume esta práctica) y no, por ejemplo, el del reciclado, que estaría ocupado por otros actores. Esta interpretación evidencia una concepción estática de un circuito caracterizado por la explotación del trabajo que realizan los cartoneros, tal como el propio autor daba cuenta años atrás (Schamber & Suárez, 2002). El ejemplo permite advertir cómo las interpretaciones sobre este fenómeno están teñidas de un dualismo ontológico, que, en este caso, reafirma la primacía de una lógica individual por sobre una colectiva como clave interpretativa.

El obstáculo del individualismo: la cooperativa como desafío

Toda la potencia expresada en la concepción de la cooperativa como *refugio* era, al mismo tiempo, interpelada por otra interpretación

centrada en la categoría de *desafío*. Si bien la mayoría de los autores referenciados concuerdan en la necesidad de promover la conformación de cooperativas, también coinciden en señalar los numerosos obstáculos que han presentado las experiencias que emprendieron este camino. En tal sentido, señalan que un común denominador de estas iniciativas ha sido su bajo nivel de supervivencia, incluso por parte de aquellas que recibieron asistencia financiera y técnica de organismos públicos y/o privados con el objeto de apoyar su constitución.

Ahora bien, este hecho es interpretado en la literatura especializada a partir de la idea de que aquello que está en juego en la construcción de una experiencia de autogestión es precisamente el paso de una lógica centrada en el individualismo y la competencia por otra que está centrada en la solidaridad y la ayuda mutua como valores centrales (y que, en principio, se asume constitutiva de la organización cooperativa). En este sentido, Gabriel Fajn (2002: 11) advierte acerca de los apoyos que será necesario prodigar para consolidar experiencias asociativas entre cartoneros:

¿Cómo formarse una idea aproximada de lo que representará para un grupo de cirujas el pasaje de la exclusión y el aislamiento a gestionar una experiencia de carácter asociativo? Los hábitos de los cirujas [...], que fueron constituyéndose a partir de una forma de percibir, sentir, hacer y pensar [...], tienen pocos puntos de contacto con el mundo de las decisiones empresarias [sic], la gestión asociativa y las acciones colectivas. Sus trayectorias individuales son herencia de prolongados procesos de descalificación y desocialización con lógicas ausencias en el desarrollo de capacidades y actitudes requeridas para la administración de una organización.

Este mismo interrogante es recuperado en un trabajo reciente basado en los datos de una encuesta realizada sobre una muestra de cien cartoneros que recolectan en la ciudad de Buenos Aires (Esliar et ál., 2007). Los resultados indicaron que ninguno de los encuestados manifestó formar parte de alguna organización cooperativa y que la mayoría (57%) justificaba su situación argumentando que “no sabe qué es” y que “no le interesa” formar parte de una experiencia de este tipo. A partir de estos resultados, las autoras (2007: 42) concluyen que:

[...] un gran porcentaje de los encuestados explicitó no estar interesado en formar parte de una cooperativa en el futuro. Otras razones que explican la no participación en cooperativas se relacionan con la falta de conciencia colectiva, dado que es un trabajo sumamente individualista, y el poco conocimiento de los cartoneros acerca de las entidades cooperativas.

Es interesante notar cómo el dualismo ontológico que opone “ciruja individualista”/“cartonero cooperativizado” reaparece en la interpretación de los resultados de la encuesta. Esta vez la existencia de un individualismo esencializado es invocada, no para cuestionar las políticas que promueven la conformación compulsiva de cooperativas, sino para explicar el escaso interés de los cartoneros encuestados en desarrollar organizaciones de este tipo. No menos significativo resulta el argumento de la “falta de conciencia colectiva”, el cual es incluso ampliado por las autoras en un párrafo posterior (46-47):

Una de las razones por las cuales los cartoneros no quieren formar parte de este tipo de asociaciones es la falta de educación asociativa. En este sentido, el ciruja tradicional no quiere tener conocimientos sobre cooperativismo; prefieren salir a trabajar cuando ellos quieren sin tener responsabilidades ni obligaciones. No suelen tener regularidad de horarios ni están acostumbrados a trabajar todos los días, como también se ha visto reflejado en la encuesta.

El supuesto del no paso de “ciruja tradicional” a “cartonero cooperativizado” —en cuanto los resultados empíricos que cuestionan esta frustrada transición— se interpreta apelando a un registro de motivaciones para explicar una *conducta desviada* (respecto de los supuestos que fundan el modelo) en donde: estos sujetos “no quieren tener” conocimientos cooperativos ni responsabilidades ni obligaciones, “prefieren salir” a trabajar por su cuenta sin horarios ni jornadas establecidas regularmente.

De este modo, el “desafío” implícito en la puesta en marcha de una experiencia de autogestión cooperativa se configura a partir de una serie de criterios morales con base en los cuales se interpretan dichos procesos: estos sujetos, fragmentados, marginales, individualistas,

deben lograr transformar las relaciones de competencia (prácticas marcadas negativamente) en relaciones de solidaridad (prácticas marcadas positivamente) para acceder a los beneficios asociados a la organización cooperativa. Paiva (2004:10) permite dar cuenta de esta lectura:

El objetivo era económico, pero también social en su sentido amplio. Es decir, equitativo, igualitario y recíproco entre los miembros (cooperativo), pero también solidario con la comunidad. [...] también [se] intenta introducir los principios del cooperativismo entre los mismos cartoneros a los que atienden diariamente, y [a] los que, al mismo tiempo que se acercan solidariamente, intentan diferenciarse.

La clasificación entre los “miembros” de la cooperativa y los “cartoneros” aparece mediada no solo por el hecho (para nada menor) de que unos compren los materiales recolectados por los otros, sino principalmente porque los primeros aparecen imbuidos del valor de la solidaridad y un saber específico (cooperativo), rasgos ambos de los que los segundos carecen. Aquello que está en juego, entonces, es la *voluntad de transformación* (personal y social) que se les atribuye a estos sujetos, por cuanto —a nuestros ojos de observadores privilegiados (y externos) de estos procesos— la construcción de lazos asociativos entre sujetos con graves carencias de todo tipo resulta, de forma intrínseca, un valor positivo. En efecto, tal como lo indica la dicotomía señalada, tan solo el hecho de integrar una experiencia de trabajo asociativo resultaría expresión de una voluntad de superación personal materializada en la construcción de un proyecto colectivo. Mientras que el “ciruja individual” supone la reproducción de una actividad atomizada, precaria, denigrante y estigmatizante para la persona que la realiza.

De allí que la cooperativización se presente, en esta perspectiva, como un proceso que excede el marco de una transformación en la organización del trabajo y la producción, por cuanto expresa también un cambio en la cualificación moral del individuo. Y es en esta perspectiva como nuestra mirada clasifica y ordena este mundo a partir de categorías que sugieren un gradiente evolutivo: “cirujas tradicionales”, “cartoneros” y, más recientemente, “recuperadores urbanos” y/o “promotores ambientales”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como vimos a lo largo de este artículo, las prácticas organizativas de los cartoneros han sido abordadas a partir de una mirada dicotómica que opone *informalidad/precarización/individualismo* a *formalidad/dignificación/solidaridad*. De allí se deriva que la dinámica social más significativa está dada por el pasaje del trabajo individual a las cooperativas autogestionadas. El problema con estos abordajes radica, según nuestra perspectiva, en que les subyace un carácter normativo que establece aquello que *deberían dejar de ser* (categorías agrupadas en torno al primer eje), así como aquello en lo cual *deberían transformarse* (categorías agrupadas en el segundo eje).

En ambos casos, la construcción de esta dicotomía está referenciada en el modelo cooperativo de trabajo autogestionado, que asume que los vínculos que ligan a sus integrantes se apoyan en una serie de atributos tales como “equidad”, “igualdad”, “reciprocidad” y “solidaridad”, atributos que aparecen, en cierta medida, naturalizados en esta forma organizativa. Como lo señalamos en relación con la construcción de una ontología de las subjetividades de estos cartoneros, los mismos puntos de anclaje sobre los que se construye una diferenciación con los “otros” (cartoneros atomizados) devienen en una forma implícita de “deber ser” que interpela a los colectivos que llevan adelante estas experiencias. En este sentido, las cooperativas de cartoneros no solo deben lograr la sostenibilidad económica de sus emprendimientos de autogestión (lo que constituye en sí un enorme desafío), sino que, además, deben hacerlo respetando la “naturaleza” igualitaria y solidaria que caracteriza los vínculos entre sus integrantes y con la comunidad.

El problema que encontramos en estos abordajes es que minimizan las tensiones de la compleja dinámica organizativa —evidentes en estas experiencias de autogestión relativamente incipientes—, al reducir las en una ontología dicotómica que opone figuras marcadamente esencializadas: el cartonero “suelto”, presa de individualismo asociado a su práctica, contra el cartonero “cooperativizado”, que ha logrado superar ese estadio previo y desarrolla sus actividades con base en un nuevo marco de relaciones igualitarias y solidarias. Según nuestra perspectiva, es preciso reconocer que esta tensión está presente más allá de la forma de organizar el trabajo y la producción y que, por ende,

es preciso desnaturalizar tanto el supuesto “individualismo” que caracterizaría a quienes desarrollan esta actividad de forma atomizada como la “solidaridad” que sería fundante de las prácticas de los cartoneros “cooperativizados”.

En tal sentido, el desarrollo de estas formas asociativas no inmunita contra la presencia de individualismo ni de prácticas de clasificación y diferenciación entre sus integrantes; por el contrario, el tratamiento de estas cuestiones se vuelve uno de los puntos clave en el proceso de construcción de vínculos dentro del colectivo, lo que demanda un esfuerzo considerable incluso en aquellas experiencias que ya cuentan con trayectorias de varios años. Estas consideraciones resultan particularmente importantes si tenemos en cuenta que los agentes públicos y privados que operan en este campo han incorporado fuertemente esta mirada dicotómica del mundo cartonero. En tal sentido, buena parte de su accionar se ha focalizado en apoyar esta transición *de la atomización a la cooperativización*, sin reparar en los dilemas y desafíos que este proceso supone para las personas y colectivos involucrados. Aquellos aspectos de este *paso* que son vistos como potencialmente conflictivos se relacionan con la sostenibilidad económica del emprendimiento, pero no con la dinámica organizativa del colectivo.

En tal sentido, el apoyo financiero y técnico otorgado a estas cooperativas se destina principalmente a la compra de maquinarias, herramientas y vehículos que permitan poner en marcha los emprendimientos, pero no a garantizar subsidios que permitan formar un “piso” aceptable para los retiros durante, al menos, los primeros meses de incubación de estos emprendimientos. Del mismo modo, las capacitaciones se focalizan en los aspectos formales de la constitución de cooperativas, pero no en el fortalecimiento de los procesos cotidianos de construcción de vínculos asociativos, toma de decisiones colectivas, distribución de roles, etc. Estas orientaciones de los apoyos destinados a las cooperativas evidencian una ausencia de problematización del proceso de construcción de organizaciones basadas en relaciones solidarias. En efecto, la solidaridad como valor fundante de las relaciones dentro del grupo se asume como un punto de partida, como un rasgo inherente al propio proceso, como un corolario de la necesaria existencia de *afectio societatis* en el proyecto de constitución de la cooperativa. Según nuestra perspectiva, la constitución de relaciones solidarias es

un resultado más que un punto de arranque. Y, en tal sentido, es el producto de un proceso complejo y ambiguo, jalonado por marchas y contramarchas, más que un proceso lineal de paso del individualismo atomístico al asociativismo solidario.

Es por esto por lo que sostenemos la necesidad de repensar nuestros abordajes ahora que ya han pasado varios años desde la irrupción del fenómeno, y que podemos aprehender las disímiles trayectorias presentadas por aquellos grupos que buscaron desarrollar experiencias asociativas en este campo. Resultaría interesante, entonces, recuperar estos intentos, descentrándonos del modelo de *cooperativa* y, por ende, de la dicotomía antes señalada, e intentando situar nuestra mirada en los márgenes de estas categorías, antes que desde su centralidad de *objetos prefigurados*. Es así como podremos dar cuenta de las condiciones que favorecen o inhabilitan los procesos de transformación e interjuego entre lógicas individuales y colectivas que se dan durante la conformación de estos emprendimientos. Esto requiere, entonces, profundizar nuestros análisis de la construcción de lazos asociativos, para recuperar una perspectiva que dé cuenta de la cotidianeidad de estos procesos y que evidencie, por ejemplo, cómo se construyen y resignifican criterios de clasificación y jerarquización entre los integrantes de los colectivos y cómo estas operaciones intervienen en el establecimiento de sentidos legítimos/ilegítimos en relación con las prácticas individuales y colectivas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arvon, H. ([1980] 1988). *La autogestión*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Battistini, O., Freytes Frey, A., Carengo, S., Diana, N., García Allegrone, V. & Miguez, P. (2006). *¿Por qué y para qué es importante pensar sobre lo que hacemos? Materiales para la reflexión sobre prácticas colectivas en organizaciones sociales productivas*. Buenos Aires: Los Impresionistas.
- Carengo, S. & Alexandre, R. (2007, noviembre). *El conflicto de valorización de los residuos sólidos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires*. Ponencia presentada en el International Symposium Governance: Towards a Conceptual Framework. Graduate Institute of Development Studies (GIDS/IUED), Geneva, Switzerland.

- Chidiak, M. & Bercovich, N. (2004). "Microcrédito y gestión de servicios ambientales urbanos: casos de gestión de residuos sólidos en Argentina". Santiago: Cepal, ONU.
- Dimarco, S. (2005). *Experiencias de autoorganización en cartoneros: un acercamiento a la configuración de vínculos laborales, sociales y políticos en contextos de exclusión social*. Informe final del concurso: Partidos, movimientos y alternativas políticas en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas. Buenos Aires: Clacso.
- Dobo de Socolsky, A. (2006, diciembre). "Cartoneros: marco social, político y económico". *Working Paper Series*, 13.
- Escliar, V., Mutuberría, V., Rodríguez, M. & Rodríguez, P. (2007). "Cartoneros ¿una práctica individual o asociativa? Ciudad de Buenos Aires, año 2004/2005". *Cuaderno n.º 75*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Fajn, G. (2002). "Exclusión social y autoorganización: cooperativas de recuperadores de residuos". *Cuaderno n.º 2*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Fernández Álvarez, M. (2009). "Expropiar la fábrica, apropiarse del trabajo. Procesos de construcción de demandas y acción estatal en torno a las recuperaciones de fábricas en la ciudad de Buenos Aires". En M. Grimberg, M. Fernández Álvarez & R. Carvalho (eds.), *Estado y movilización social: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: FFYL y Antropofagia.
- Fundación Ciudad. (2003). *Una política de Estado para la gestión de los Residuos Sólidos Urbanos (RSU) en la región metropolitana*. Buenos Aires: Mimeo.
- Gil de San Vicente, I. (2002). "Cooperativismo obrero, consejismo y autogestión socialista. Algunas lecciones para Euskal Erría". Consultado el 15 de marzo del 2009 en www.rebelión.org
- Mandel, E. (1973). *Control obrero, consejos obreros, autogestión*. Buenos Aires: Ciudad Futura.
- Mandel, E., Nove, A. & Elson, D. (1992). *La crisis de la economía soviética y el debate mercado/planificación*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Paiva, V. (2004). "Las cooperativas de recuperadores y la gestión de residuos sólidos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires". *Revista Theomai*. Consultado en <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numespecial2004/artpaivanumesc2004.htm>.

- Peixoto de Albuquerque, P. (2004). "Autogestión". En A. Cattani (ed.), *La otra economía*. Buenos Aires: Fundación OSDE y Altamira y UNGS.
- Reynals, C. (2002). *De cartoneros a recuperadores urbanos*. Documento presentado en el seminario internacional Respuestas de la Sociedad Civil a la Emergencia Social: Brasil y Argentina Comparten Experiencias. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (Cedes).
- Samary, C. (2004). "Los fines y los medios: ¿qué proyecto autogestionario socialista?". En L. Seve; J. Texier y C. Samary (eds.), *Socialización, democracia, autogestión*. Madrid: El Viejo Topo.
- Schamber, P. (2007). "Modalidades organizativas de los cartoneros". En P. Chamber y F. Suárez (eds.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América latina*. Buenos Aires: UNLA y UNGS y Prometeo.
- Schamber, P. & Suárez, F. (2002). "Actores sociales, cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense". *Realidad Económica*, 190. Consultado el 13 de marzo del 2009 en www.iade.org.ar/modules/noticias/makepdf.php?storyid=703